

la escala de la popularidad. Tan pronto como vd. se apartó de ella, quedó hecho el objeto de las venganzas del partido á que se entregó, sin defensa ya ni garantía. Quedó vd. por otra parte, hecho el blanco del odio nacional, y queriendo desmentir repentinamente, y como por encanto sus obras anteriores, bien conocidas y demarcadas en su carácter constitutivo, dejó vd. de representar el papel de gran capitán, y tomó el del payaso en la ópera bufa.—No creemos que llegara vd. á alucinarse del todo sobre su verdadera situación, porque constantemente se la repetían los hechos. Vd. ofreció que la religión del Crucificado se establecería en toda su pureza, y lo que ha visto el pueblo es, la repetición continuada de unos actos que repugnan hasta con el bien parecer. Vd. se comprometió á establecer con solidez la suerte del ejército, y lo que hizo fué aumentarlo en número; pero no en felicidad, ni en debida consideración. Vd. aseguró que la hacienda sería regenerada, y que sobraría para las atenciones del Estado; el resultado fué la bancarota y la resurrección de miles de vampiros, que le han chapado hasta la última gota de sangre. Vd., por último, dijo que no atendería á la forma de gobierno, persuadido de que el mal no estaba en las cosas, sino en las personas; mas vió despues por experiencia harto costosa, que no era posible sostenerse, en razon de que su nuevo edificio estaba fabricado por arañas.—El resultado de las operaciones militares, emprendidas sobre Regnicola, no hay duda que le dieron á vd. una ventaja en su situación precaria; pero como fué en el órden que destruye y no en el que edifica, á pocos momentos aumentó el desconcepto, y siguió en incremento la debilidad indirecta. Se siguió despues otra campaña, por todos aspectos menos útil, y mas costosa, fueran las que se quieran las miras que vd. se proponia. Bien caro le ha costado á vd. el desengaño, y mas si está persuadido de que su

derrota no fué obra de la casualidad. Pero, amigo, sea de esto lo que fuere, y á reserva de lo que hablaremos personalmente, puede vd. asegurar con nosotros, que no hay mal que por bien no venga.—Las desgracias de vd. han sido el crisol en que se ha purificado no solo el patriotismo; sino el espejo en donde ha visto vd. quienes son sus verdaderos amigos. Los unos resentidos é injuriados hasta un punto de que no se encuentra ejemplo en la historia, todavía abren los brazos para recibir á vd., obligan á su corazón lastimado á que condone generosamente agravios, y desean que vd. viva, ofreciéndole ayudarlo para que restituya su buen nombre. Los otros, agraciados, y en el apogeo de la grandeza y del poder, no entran en calor mientras vd. eesista. Abra vd. los ojos, buen amigo, y como que está al alcance de las diligencias que se hayan obrado en su favor, haga un juicio comparativo de las que en tal caso hubieran hecho sus despreciados sans-culottes. Repase vd. en su interior la marcha de las cosas, y no se deje deslumbrar por un falso brillo, que haya de terminar por una catástrofe sangrienta.—Ya nos hemos difundido demasiado, acaso con el objeto de que reciba vd. un testimonio de franqueza. Mas adelante, ya le iremos desarrollando á vd. los sucesos acaecidos durante su ausencia, á lo menos del modo con que se han presentado. La mayor desgracia para vd., sería creer que esta se dirige á hacerle chismes para captarse su benevolencia. No, amigo, no hay que enredarse con fruslerías á guisa de muger. Los verdaderos sans-culottes, son austéros, vd. lo sabe, y ha visto que cuando todo el mundo le doblaba la rodilla, ellos metidos en su tonel cual otro Diógenes, hacian alarde de su pobreza, sin rendir la cerviz al yugo. Vaya vd. acostumbándose á tener una alma grande, para que la verdad llegue á sus oidos. Harto caro le ha costado á vd. escuchar los pitropos de una turba de aduladores.